

CAPITULO CXIII.

Hostiles disposiciones del sultan Selim II.—El Papa y el Rey de España.— Conferencias en Roma.— Guerra de Chipre.— Toma de Nicosia.
— Disgustos entre los aliados.— Júrase por fin la Liga cristiana.

No hemos vuelto á ocuparnos del infante D. Juan desde su triunfo sobre los moriscos de la Alpujarra, y ya que hemos de volver á tratar de él con motivo de las guerras de Flandes, justo es y necesario, que veamos los hechos, algunos insignes, que verificó en este intervalo.

Dióle motivo para realizar, quizás el mas importante de todos ellos, la ambición de Selim II, sucesor de Soliman, en el trono de Constantinopla. Dispuso este la conquista de Chipre, que á la sazón poseían los venecianos, y á pesar de hallarse en paz con la república, envió un legado con encargo de reclamar la entrega de dicha isla, fundándose en especiosos pretextos; el Senado rechazó semejante petición, y la guerra quedó declarada.

Juzgándose Venecia harta débil para contrarrestar sola el poder del Turco, trató de buscar la alianza de otros países; mas aquellos que mayor esperanza le infundieran, ó le negaron socorro, ó se le prestaron muy débil, y solamente dos de los que menos podia esperar, á causa de la tirantez de relaciones que entre ellos y la república mediaba, fueron los que mas propicios se manifestaron á prestarla auxilio.

Roma y España tenían con ella grandes motivos de resentimiento, mas sin embargo, Pio V mandóla inmediatamente doce galeras al mando de Marco Antonio Colonna, y sirvió de mediador para con Felipe II, que se prestó gustoso, á pesar de las muchas atenciones que ya pesaban sobre él, pues ya hemos visto que tanto en el interior como en el exterior sobrábanle empresas á que atender, á contribuir á una en que estaba tan interesada la cristiandad.

En virtud de la determinación del Monarca español, los cardenales Granvela y Pacheco y el embajador D. Juan de Zúñiga fueron por él autorizados para tratar de las condiciones de una Liga entre España, el Pontífice y Venecia; iguales poderes y con el mismo objeto, fueron conferidos á los embajadores Miguel Suriano y Juan Soranzo, por parte de los venecianos, á quienes tanto interesaba el enfrenar el poder musulman y por la del Papa, cinco cardenales designados por este.

La intransigencia de los de Venecia, ocasionó no pocas dificultades, pues sobre pretender imponer condiciones como si no fuera la mas necesitada de auxilio, resistióse á llevar los efectos de la Liga, mas allá de lo que bastara para libertarla del peligro inmediato; pretension egoísta, que rechazaban los demás contratantes. Era igualmente motivo de desavenencia el no querer los venecianos avanzar su palabra con juramento, ni sujetarse á las censuras de la Iglesia, condicion que imponían como precisa los españoles, como quien estaba escarmentado de la mala fe de la república, como ya hemos indicado.

Muchas fueron las dilaciones causadas por tan distintos pareceres, mas los esfuerzos del Pontífice consiguieron que al fin se llegara á una avenencia, pactándose al fin la santa Liga, bajo los capítulos que un historiador moderno expresa de la manera siguiente: «Confederacion perpétua para resistir y aniquilar, no solo la fuerza de los turcos, sino tambien la de los moros de Argel, Túnez y Trípoli.

«Las fuerzas de los coaligados se habrán de componer de doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes, españoles, italianos y tudescos, cuatro mil quinientos caballos ligeros, con la correspondiente artillería y provisiones. Esta armada y este ejército, habrán de estar aparejados y en orden en Levante para marzo, ó lo mas tarde abril del siguiente año de 1571, y de la misma manera en los años consecutivos.

«Su Santidad contribuiría con doce galeras bien provistas, y con tres mil infantes y doscientos setenta caballos ligeros.

«El Rey católico subvendría con tres partes de seis á los gastos de la guerra; con dos, el Dux y Senado de Venecia, y aun suplirían en la misma proporción la parte que restaba al Pontífice, si no le fuese posible el satisfacerla; cada nacion aprontaría los artículos y productos que mas en abundancia tuviere, indemnizándose del exceso, con otros en equivalencia.

«Si el Rey católico fuese acometido de turcos ó moros en tiempo en que no estuviera reunido el ejército de la Liga, el Dux y la señoría de Venecia se obligaban á socorrerle con cincuenta galeras, bien provistas y armadas de la misma manera que S. M. habia auxiliado á Venecia en este año de 1570 con otras tantas. Lo mismo se estipulaba reciprocamente para todos los casos en que cualquiera de los estados de la Confederacion fuese invadido, y muy especialmente para la tierra del dominio de Su Santidad.

«La administracion de la guerra se haria con parecer y deliberacion de los tres capitanes generales de la Liga, dándose por bueno lo que dos de ella aprobaran.

«El general en jefe de las fuerzas de la Liga seria el Sr. D. Juan de Austria, y en su ausencia ó imposibilidad, el que mandara las galeras del Pontífice.

«Se reservaba un lugar por si quisieran entrar en la Confederacion al emperador Maximiliano de Alemania, y á los reyes de Francia y Portugal, debiendo el Santo Padre amonestar y exhortar á ello al Emperador, al rey de Polonia y á otros reyes y príncipes cristianos.

«La particion de todo lo que se conquistare se haria conforme á lo capitulado en la liga de 1537.

«Todas las diferencias que pudieran suscitarse entre los confederados, se remitirian al juicio de Su Santidad y de sus sucesores.

«Ninguna de las partes, ni por sí, ni por otro, podria tratar paces, treguas ni otra concordia con el turco sin conocimiento y auencia de los demás.

«Si alguno faltare á este pacto, incurriria en pena de excomunion mayor *lata sententia*, y en entredicho eclesiástico sus vasallos, tierras y señoríos, absolviendo el Papa á sus súbditos del juramento de obediencia y fidelidad.»

Bajo estas bases formóse la famosa Liga entre la Santa Sede, el Rey de España y la república de Venecia para ir á combatir contra el sultan de Turquía y contra los infieles, encarnizados enemigos del nombre cristiano, y cuya arrogancia y ambicion habian tomado ya condiciones verdaderamente amenazadoras.

No habia estado, entre tanto, ocioso el Sultan, antes por el contrario, reuniendo ciento sesenta galeras con cincuenta mil hombres de desembarco, dió sobre la isla de Chipre, y puso sitio á Nicosia cuando todo hacia creer que hubiese optado por atacar á Famagusta, y cuando en su virtud el gobernador de aquella ciudad, Astor Bahoni, habia pasado á esta, dejando en la primera el gobierno á Nicolás Dandolo, hombre de escasa capacidad para un puesto de tanta importancia.

Hicieron, no obstante, los de Nicosia esfuerzos heróicos, que prolongaron el sitio cerca de ocho semanas; mas al fin, en 9 de setiembre (1570) la ciudad fue tomada por asalto, y entregada á todos los horrores de la guerra, pues los turcos se mostraban implacables con los que les oponian resistencia.

Durante el sitio de Nicosia, habíase unido á Piali el almirante turco que recorria las aguas de Rodas, el virey de Argel Uluk-Alí, y tambien, tras algunas dilaciones, habíanse conseguido reunir las escuadras de las tres naciones coaligadas en el puerto de la Suda. Varios fueron los pareceres que en el consejo de capitanes, celebrado en este sitio, se emitieron, como que cada uno tenia distintos y aun encontrados intereses. Querian unos acudir en socorro de Nicosia, preferian otros llamar la atencion de los turcos atacando algunas posesiones de estos, pero Andrea Doria, que comandaba las galeras españolas, demostrando la misma inteligencia que su famoso tio, propuso que antes de acometer empresa alguna, se revistasen las fuerzas y bajeles que cada cual habia aprontado, á fin de ver si todas reunian las condiciones necesarias para el objeto á que estaban destinadas.

Teníanlas sobradamente las tropas y galeras facilitadas por Felipe II, mas no así las venecianas, que hubieron de necesitar no pocos arreglos, así en el aparejo como en la dotacion, hecho lo cual, pusieron al fin en marcha las tres escuadras en direccion al canal de Rodas; mas vientos contrarios las obligaron á acogerse á puerto Vatti y Calamitti, donde supieron la nueva de la pérdida de Nicosia.

Esta noticia, disgustando á todos los coaligados, y mas especialmente como era natural á los venecianos, ahondó las divisiones entre aquellos, y Andrea Doria, despues de haber reunido otro consejo, á fin de ver cual era el mejor partido que podria adoptarse dado aquel nuevo percance y del cual no resultó avenencia, manifestó su intencion de retirarse bajo pretexto de no haberse comprometido á estar mas que un mes en aquellas aguas, y de tener que atender á las costas de Sicilia, lo que suscitó una acalorada polémica con Marco Antonio Colonna, que como general pontificio, pretendia imponer al genovés su supremacía.

En vista de la entereza por este manifestada, Colonna y Jerónimo Zanne, general este de los venecianos, convencidos de que llevaria á cabo su resolusion, sin darle cuenta alguna, salieron de Puerto-Tristano con sus flotas, dejándole solo, y por consiguiente en libertad de volver proas á Sicilia, como lo hizo, llegando á la isla á principios de octubre sin haber padecido el menor percance durante su navegacion.

La desmembracion de la armada de la Liga hizo imposible toda empresa contra el turco, que continuó apoderándose de varias ciudades de la isla de Chipre, y puso sitio á Famagusta, y aun fue suerte para pontificios y venecianos, que cuando Piali se dirigia á darles caza, los vientos contrarios y la proximidad de la estacion fria, le obligaron á cambiar de intento, teniendo que irse á invernar á Constantinopla.

Zanne se trasladó á Corfú, de donde pudo luego marchar á introducir algun refuerzo en Famagusta, y á pesar de haberlo conseguido, disgustada la república de su comportamiento, reemplazó por el proveedor Sebastian Veniero, dándole por lugarteniente á Agustin Rodrigo; Colonna dió la vuelta á Roma, y en este estado las cosas, con noticia de que los venecianos andaban en tratos con el turco, redobló Pio V sus esfuerzos para hacer que se jurara el compromiso de la Liga, conforme á lo estipulado, segun tuvimos ya ocasion de ver, conseguido al fin, verificóse la ceremonia del juramento solemne en público consistorio el 25 de mayo de 1571.



SERRA, LIA.

LIT. VIDAL, OLMO, 25.

COMBATE DE LEPANTO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXIV.

Sitio y rendición de Famagusta.—Esfuerzos de las naciones coaligadas.—Nómbrase generalísimo á D. Juan de Austria.—Encuéntranse las dos escuadras.—Combate de Lepanto.

DESPUES de la ceremonia del juramento adquirieron nuevo vigor los aprestos belicosos de las tres naciones; los venecianos armaron nuevas naves, á las cuales se envió con los nuevos generales á aumentar las que habian quedado en Corfú, y si bien Selim II reforzó tambien su armada y reemplazó á Piali por Ali-Bajá, nombrando á Pertew-Bajá para el mando del ejército de tierra; y si bien Uluch-Ali, penetrando en el golfo de Venecia á favor de algunos sucesos prósperos, llegó á poner en consternación á la capital misma de la república, la actividad de que daban muestras los coaligados hacían esperar un cambio notable en los acontecimientos que, dadas las condiciones en que se hallaban las potencias y los esfuerzos por ellas hechos, no podía menos de ser favorable á la cristiandad.

No fueron en verdad muy satisfactorios los primeros hechos de armas de aquel año, pues á los que hemos citado, hay que añadir la rendición de Famagusta despues de una heroica resistencia de siete mil hombres contra ochenta mil, de los cuales murieron casi las dos terceras partes, y tras de resistir seis asaltos en dos meses y medio y el fuego de setenta y cuatro cañones y cuatro monstruosos basiliscos, rindióse en virtud de una capitulación, por la cual se aseguraba la libertad, las vidas y haciendas de los sitiados; dejábase á los tres principales jefes, Astor Baglioni, Antonio Bragadino y Juan Martiueno, cinco cañones y quince caballos, y dándose seguridad á los chipriotas de ser embarcados para Candia en bajeles turcos, el 2 de agosto de 1571, y en los tres siguientes quedó libre la plaza, siendo entregadas las llaves de ella el día 5 á Mustafá, el cual expresó entonces su deseo de conocer personalmente á los que tan valerosamente se defendieran, á fin de felicitarlos por la energía y esfuerzo demostrados.

En su consecuencia, Bragadino, Baglioni, Martiueno y Quirini se presentaron á él con bastante pompa, y como el seraskier turco tuviese alguna exigencia contraria á lo estipulado en la capitulación, como fue la de pedir que entre otros rehenes se quedase el joven Quirini, Bragadino se opuso con entereza, y agriándose la cuestión, encolerizado Mustafá mandó degollar á los valientes venecianos, ensañándose de una manera tal con Bragadino, que la pluma se resiste á trazar la série de horribos tormentos que le dieron y el ensañamiento con que en su cadáver se cebó el bárbaro musulmán (1).

Entre tanto, el pontífice Pio V, viendo dueños de Chipre á los turcos, no cesaba de fomentar por cuantos medios á su alcance estaban, la Liga, para combatir aquel formidable poder, y evitar para lo sucesivo nuevas depredaciones.

Sus excitaciones á Felipe II dieron resultado por fin, y D. Juan de Austria, nombrado generalísimo de la empresa y que tanto acababa de distinguirse en la pacificación de las Alpujarras, segun ya hemos tenido ocasion de ver, recibió la orden apetecida y marchó á Barcelona, donde ya le aguardaba su secretario Juan de Soto y el comendador mayor de Castilla D. Luis de Requesens, el cual iba de lugarteniente suyo.

Reunidos en aquel punto D. Alvaro de Bazan, general de las galeras de Nápoles, que hacia bastante tiempo habia estado esperando en Cartagena; D. Sancho de Leiva, que comandaba las de España; Gil de Andrade, y otros capitanes no menos renombrados por las empresas en que ya habian tomado parte, tuvo con ellos varias conferencias á la empresa proyectada.

Puestos de acuerdo ya, y reunidos con él los príncipes sus sobrinos, embarcáronse los tercios de la infantería española al mando de D. Lope de Figueroa y D. Miguel de Moncada, y el día 20 de julio se hizo á la vela D. Juan, llegando el 25 á Génova, en cuyo punto el Dux y el Senado de la señoría le recibieron con extraordinaria pompa, y el 9 de agosto entró en Nápoles, donde el cardenal Granvela, comisionado por el Pontífice, le entregó el estandarte de la Liga, en el cual, bajo un Crucifijo bordado de damasco azul, estaban las armas del Papa, las del rey de España y las de Venecia, enlazadas con una cadena, y pendientes de ella las de Juan, como el ejecutor de la gran empresa llevada á cabo por las tres potencias aliadas.

El 25 reuniéronse en Mesina todas las fuerzas, y el 5 de setiembre ya estaban todos los buques, que se elevaban á la cifra de trescientas y pico de velas, pasando de ochenta mil el número de personas que las tripulaban, tanto para el servicio como para el combate, pertenecientes todas estas fuerzas á Roma, Venecia, Génova y Saboya, sin contar las de España y sus estados de Italia.

El 16 de setiembre zarparon del puerto de Mesina, y el 28 dirigióse D. Juan desde Corfú á Cefalonia con noticia de que la armada turca, fuerte de doscientas galeras, estaba en el golfo de Lepanto.

Reunido por D. Juan el consejo de generales, que siempre en casos tales acostumbraba el de Austria escuchar el parecer de todos, porque así tambien se lo tenia prevenido su hermano, prevaleció la opinion de ir en busca del enemigo, y mas se encendió su

(1) Calepio, *Vera é fidelissima narracione dell'espugnatione di Famagusta*.—Mas tarde pareció que fueron recogidos los restos de tan nobles y esforzados capitanes, los cuales fueron conducidos á Venecia. Una vez allí se les depositó en el Panteon de los Grandes hombres de la República, en la iglesia de San Juan y San Pablo.—Antonio Ligogna.—*Inscrizion veneciana*.

ardor cuando á los pocos días, por un bergantín de Candia que apresaron, supieron lo ocurrido en Famagusta.

El día 7 de octubre avistáronse las dos escuadras, siendo una de las galeras de Andrés Doria la que dió el aviso, y D. Juan de Austria, al aperebir á sus contrarios, mandó enarbolar el estandarte de la Liga, y tanto esto como el cañonazo que siguió, avisaron á todos los buques la proximidad del combate.

Sobre doscientas cuarenta galeras, con una porcion de galeotas, fustas y otros buques de menor porte, componian la armada turca, en la que iban ciento veinte mil hombres de guerra y remo.

Lo mismo á D. Juan de Austria que á Ali, aconsejábanles sus respectivos capitanes que no empeñaran la batalla. Y de igual modo el uno que el otro, creyendo el primero, que Uluch-Ali el Argelino se habia separado de la flota musulmana, segun aviso que tuvo, y el segundo, que no era tan numerosa la cristiana, como le dijera un corsario que habia ido á reconocer disfrazado de pescador la escuadra enemiga, persistieron en combatir, confiando en su recíproca superioridad, y ambos quedaron atónitos igualmente al ver que habian sido engañados.

Mas ya no era tiempo de retroceder, y D. Juan, diciendo á sus oficiales: *ya no es hora de aconsejar, si no de combatir*, dió sus órdenes y comenzó á recorrer todos los buques, alentando á sus soldados é infundiéndoles con sus palabras mayor ardor.

Sin embargo, al ver ante sí aquella formidable armada no pudo menos de comprender el terrible compromiso que iba á arrostrar, mas depositando su confianza en Dios, fijó los ojos en el Crucifijo que constantemente llevaba consigo y le pidió su poderosa ayuda.

Y Dios se la otorgó cumplida. El viento, que no se mostrara nada favorable á los cristianos, tornóse completamente contrario á las naves infieles, cuyos movimientos fueron desde entonces mas torpes, con lo que cobraron mayor ánimo aquellos.

Entre las disposiciones que tomó D. Juan desde el principio del combate, fue una de ellas la de hacer cortar los espolones de todas las galeras, inclusa la que él montaba, lo cual le fue muy útil mas adelante.

Puestas entrambas flotas en orden de batalla, al cañonazo que disparó la galera de Ali dando comienzo al combate, contestó el de la Real de D. Juan, y bien pronto se generalizó la batalla.

El ala derecha de los turcos fue á chocar con la izquierda cristiana, mandada por Barbarigo, y la galera de D. Juan de Austria fue á chocar con la de Ali-Bajá, haciendo en esta terrible estrago la arcabuceria de aquel.

Horroroso y magnífico á la par era el espectáculo que ofrecian aquellas aguas tranquilas poco tiempo antes. Al lado de la galera que se iba á pique, ardian dos ó tres mas que á su vez se hundian tambien, reinando por do quiera una gritería espantosa; peleábase cuerpo á cuerpo, y á veces tal era el furor de los combatientes, que enlazados brazo á brazo iban á sepultarse en los abismos del mar sin haber ninguno de los dos abandonado su presa.

Todos, capitanes y soldados, peleaban con igual denuedo, ocupándose poco de la propia vida para arrebatar la ajena, mostrándose los terribles genizaros de Ali tan atrevidos y arrojados como los arcabuceros españoles.

En la galera de Andrés Doria, postrado en humilde lecho presa de una ardiente fiebre, hallábase un soldado que, al sentir el primer cañonazo, á pesar de las amonestaciones de sus compañeros, dejó el lecho y corrió á pedir á su capitan que le pusiera en el sitio de mayor peligro.

Ante la fiebre del valor cedió la de la calentura que le consumiera antes, y peleando con bravura, á pesar de haber recibido una herida en el pecho y otra en la mano izquierda, ni quiso retirarse ni permitió que se le atendiera, pues las heridas de las batallas, segun su opinion, honraban al que las recibia.

Este soldado se llamaba *Miguel Cervantes*. Entre tanto, el combate seguia cada vez encarnizado, permaneciendo indeciso durante algun tiempo, hasta que por fin los gritos de victoria comenzaron á resonar en la armada cristiana.

La pérdida que los turcos tuvieron en tan memorable jornada se elevó á doscientos veinte y cuatro bajeles, de los que ciento treinta quedaron en poder de los aliados; veinte y cinco mil musulmanes perecieron en la pelea y cinco mil quedaron cautivos, rescatándose mas de doce mil cristianos que llevaban en las naves como remeros, cogiendo además los vencedores ciento diez y siete gruesas piezas de artillería y doscientas cincuenta de menor calibre, además de los fanales de oro, banderas y demás preseas de gran valor que llevaban los infieles.

Unos ocho mil hombres perdieron tambien los cristianos, de los cuales dos mil eran españoles, ochocientos del Pontífice y de Venecia los restantes.

El combate de Lepanto es una de las páginas mas gloriosas de nuestra historia, y los resultados de él debieron sacarse hubieran sido mucho mas importantes á no reinar el desacuerdo que reinó despues de él entre los aliados, y á no retirarse á invernar cada general con su escuadra respectiva, como sucedió el día 24 de octubre.



D. JUAN DE AUSTRIA EN TÓNEZ.